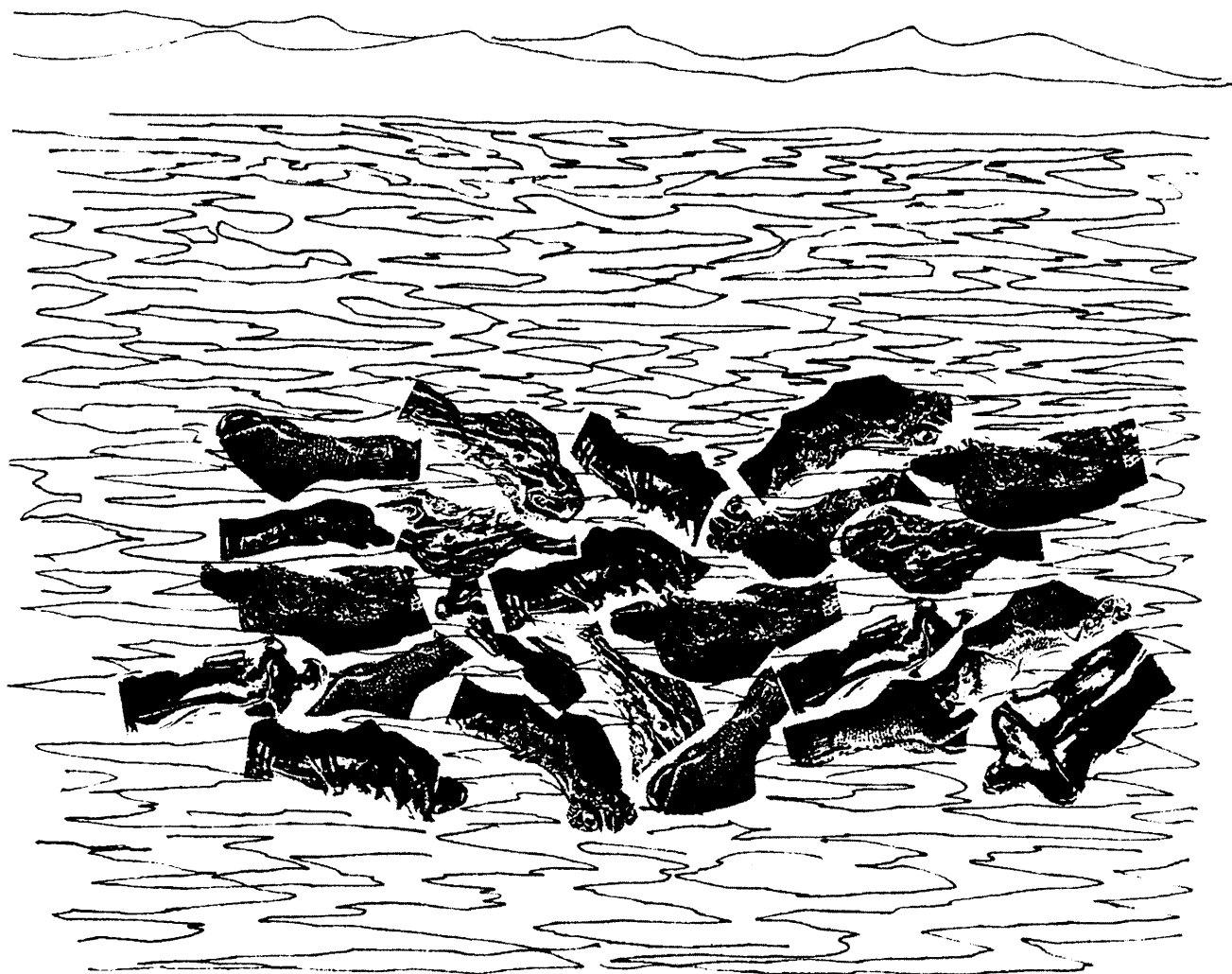




Derouin 96

TRES ENCUENTROS CON AMPARO DÁVILA

Severino Salazar*

Recuerdo que fue una tarde de enero de 1978, cuando en los aparadores de la original Librería del Sótano de Avenida Juárez de la ciudad de México (se hallaba entonces en un sótano amplísimo, lleno de libros, de ahí su nombre) descubrí, para mi fortuna, el primer volumen de cuentos de Amparo Dávila. Se trata de *Árboles petrificados*, que acababa de ganar —o estaban por darle— el Premio Villaurrutia del año anterior. Era una de esas ediciones bien cuidadas y hermosas, con su cubierta de mica translúcida de la Editorial Joaquín Mortiz. Doce cuentos en escasas 120 páginas. Una característica de la producción de esta autora iba a ser, se daba uno cuenta, la brevedad, la síntesis, la calidad. En la contraportada traía una espectacular foto de la autora, de Ricardo Salazar, y en una lacónica oración de escasas cuatro líneas todo o lo único que el lector podía saber sobre la mujer que lo escribió.

Para empezar, me dio mucho gusto saber que se trataba de una narradora zacatecana. La leí con mucho entusiasmo, y con el orgullo chauvinista de que fuera mi paisana. Para entonces, ya había descubierto, al principio de esa década, la novela gótica inglesa y también había leído mucho de la narrativa neogótica

del sur de Estados Unidos. Y durante la lectura de este nuevo libro descubrí, con mi entusiasmo que iba en aumento, que Amparo Dávila pertenecía a aquella escuela, a aquella tradición. *Árboles petrificados* era un libro fantástico, mágico, lírico, sintético y sin desperdicio, que echaba mano ampliamente y con conocimiento de causa de los elementos de la narrativa que había comenzado a dar sus abundantes y exóticos frutos en la Inglaterra prerromántica del siglo XVIII. Y curiosa y principalmente practicada y desarrollada también por mujeres escritoras en sus inicios.

Como lo define Fred Botting (Gothinag: *The New Critical Idiom*, 1996): gótico significa la escritura del exceso; nació de las sombras del exceso de racionalidad y de la rígida moral que predominaban en el siglo XVIII. Es un exceso también porque subvierte los moldes estéticos, morales y de la ética. La arquitectura gótica, muchas veces en ruinas —en hermosas ruinas, sin embargo—, que en gran medida inspira el nacimiento de esta nueva forma literaria, significa la libertad en la fantasía, en el delirio, de la misma manera en la conducta individual y colectiva de la sociedad de ese tiempo (finales del medioevo); en oposición a la arquitectura neoclásica predominante, de líneas rectas y sustentada en un orden exacto, matemático, racional. Y por otro lado es la contraparte de éxtasis que producía el idealismo romántico, y un poco tiempo después, la

*Departamento de Humanidades, UAM-A

individualidad y las misteriosas dualidades de la compleja Época Victoriana.

Uno de los elementos constitutivos más importantes del relato gótico es su atmósfera o ambiente. Las atmósferas góticas—originalmente el castillo medieval, luego la abadía en ruinas con sus calaveras encauchadas, la mansión, la casona encantada, la cripta familiar, el cementerio, el sótano, el oscuro bosque brumoso—son el caldo de cultivo para que regrese el pasado pletórico en emociones de terror, de lo sublime, del bien y el mal absolutos, la virtud y el vicio de la lucha de la pasión contra la razón; o para que irrumpa con violencia el presente oscuro, extraño y misterioso de las profundidades insondables de la psique. Así como lo grotesco, la distorsión y la caricatura. O sea, la ambigüedad. La ambigüedad que a partir de entonces podría considerarse una nueva categoría literaria. Lo gótico está íntimamente hermanado con el romanticismo, lo prefigura, o más bien nacen y caminan juntos. Son difíciles de separar. Solamente que este último se ve ensombrecido un poco por la extravagancia y pasión góticas. Lord Byron, poeta romántico por excelencia, y su amante Mary Shelley llevan un paso adelante la fabulación gótica: ella inventa el monstruo gótico Frankenstein y el personaje byroneano (denominado así en su honor desde entonces) quien a su vez deriva en forma directa de la narrativa gótica primigenia. Muy concretamente de las novelas de Ann Radcliffe. Y este personaje byroniano, misterioso en su proceder y origen, malvado, ambiguo, víctima de un amor contrariado, sin realización, nació para tener una larga vida. Actualmente sigue vivo y dando sus frutos. Recorre los siglos y llega hasta nuestros días, hasta nuestros lugares: Comala. Don Pedro Páramo tiene un pasado ilustre en Childe Harold de Byron, en *Hearlthchiff* de Emily Brontë, en *Gatsby* de Fitzgerald, ¿y no es Pedro Páramo un relato gótico de principio a fin y Susana Sanjuán una bella heroína perseguida, enajenada y misteriosa, incestuosa, llena de ambigüedades? Y no pertenece la narrativa completa de Amparo Dávila a la más fina, depurada y auténtica tradición de principio a fin? Los cuentos de *Arboles petrificados* nos muestran esos mundos enrarecidos, donde la sordidez, la muerte, lo misterioso, lo sublime gravitan, se transmutan y establecen sus propias leyes y

límites. Y no por gratuidad, más bien ceñido a un estricto código de símbolos, temas y motivos universales. Por ejemplo aquel donde una señora, de maternidad frustrada, corroída por dentro, es devorada por los gusanos de su propio aborto. O el que se titula “Estocolmo 3”, donde una intrusa se mete y acomoda en un ámbito ajeno, que no le pertenece; y la ambigüedad del matrimonio que la aloja le da profundidad simbólica al relato, lo vuelve rico en posibilidades de interpretación, uno se pregunta si es la amante de alguno de los dos o es la muerte, o qué sombra misteriosa cubre a ese matrimonio en apariencia tan común. O el borracho delirante en el jardín de la casa de *El gran Gatsby*, que muere ahogado de amor en la opulencia que lo rodea. Se trata del relato “Garden Party”.

El que abre el volumen “El patio cuadrado”, es uno de los más pródigos en imágenes sugerentes. La acción se lleva a cabo en los pretiles y en el interior del siniestro patio cuadrado, que es una alberca, que a la vez es un enorme sarcófago rodeado de buitres donde termina la protagonista; así como en el segundo cuento, otra mujer queda atrapada en un círculo de terror sin salida.

“El abrazo” es la narración efectivamente de un abrazo, pero de un abrazo que lleva a cabo después de la muerte, en ultratumba, así como “Árboles petrificados” que da título al libro y lo cierra magistralmente, es un monólogo de amor en el cual ni los muertos se escapan de la pasión. El polvo sigue enamorado, ni la muerte libera del terrible vínculo amoroso, de la fuerza del deseo.

Pero uno de los cuentos más hermosos del libro, en cuanto al ambiente, es “El pabellón de reposo”. Los escenarios son nítidos. Los personajes se metamorfosean de una forma poética con sus entornos. Su protagonista se va de una mansión a un sanatorio rodeado de jardines. En el fondo de un bosque descubre un apacible pabellón en el que ella eventualmente se transforma. O al lector le queda la duda si esa mujer no era ya un pabellón de descanso, repleto de muerte, sólo que se acaba de identificar con él cuando el termina.

El problema de contar la trama de los cuentos de Amparo Dávila, o parafrasearlos, es reducirlos: se esfuman en nuestras palabras. Pues el lenguaje lírico,

las metáforas y el discurso de las imágenes es uno más de los protagonistas de su espléndida literatura. Siendo esos recursos uno de los rasgos esenciales de la buena narrativa gótica, que debe estar hecha con base sólo en las imágenes, de regodear en ellas, de la descripción de acciones inéditas, sin explicaciones intelectuales, sin dar razón por qué tal o cual hecho se dio de tal manera. No de menor calidad es el que lleva por título “Griselda”, donde aparece un jardín abandonado, de naturaleza salvaje, aislado del resto del mundo, gótico en todo su misterioso y trágico esplendor. El estanque y sus lirios acuáticos resumen el olor de la muerte, el recuerdo de la muerte, lo inminente de una desgracia. La filigrana del lirismo depurado con que se nos describen sus rincones, que habita una especie de Electra enamorada, nos congelan la sangre primero con la belleza de la prosa y luego con el destino de los personajes. El paisaje exterior corresponde al paisaje interior del alma de Griselda. Las bellezas y sinuosidades se encuentran en ambos lugares.

Sin embargo, la gema del volumen, según mi entender, lleno de claves y simbolismos, de suspenso acumulativo, de horror a menudo críptico, es un relato del más puro gótico rural. Se podría definir así el titulado “Oscar”. Su tema es recurrente en nuestra autora, una constante. Es una especie de hombre lobo que encarna la locura, el desequilibrio, el desorden, el mal absoluto en un espacio cerrado, que asfixia. Es el del personaje que esclaviza al otro -o a los que estén en su entorno- que se apodera de la mansión, de su vida, de su voluntad, que lo vampiriza. Y está muy emparentado con otros como “El huésped”, “La quinta de la celosías” y “Moisés y Gaspar” del libro *Muerte en el bosque*. Y contiene los temas y motivos góticos por antonomasia, que empezaron a delinear en clásicos como “El retrato oval”, de Edgar Allan Poe, “El Vampiro” de Polidori, (que según Peter Hainim no fue éste, sino una mujer llamada Anne of Swansea, al despuntar el siglo XIX, quien escribió el primer relato de vampiros en la literatura inglesa). Y por supuesto *Drácula*, de Bram Stoker y *Los Misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe.

Pero estas líneas tenían como objetivo original mis encuentros con Amparo Dávila.

El segundo encuentro con otro libro de Amparo

Dávila fue siete años después (antes no se pudo, sus primeros dos volúmenes estaban agotados) hasta 1985, cuando lecturas mexicanas publicó en una edición masiva *Muerte en el bosque*. Recopilación de sus dos primeros libros. Mi entusiasmo por su narrativa siguió en aumento. Los cuentos “Alta cocina”, “Moisés y Gaspar” y el que le da título al volumen son magistrales. El primero de los mencionados, en tan sólo nueve breves párrafos, un ejemplo extremo de concreción, nos cuenta una historia de horror y sufrimiento, como pocos en la literatura mexicana. Hay tortura y sadismo en abundancia, compasión. Comparable con los de J.J. Arreola en sus mejores momentos.

Todo está bien desarrollado, con precisión de joyero, en este texto (Alta cocina): personajes, situación, ambiente, escenarios. El lector siente la temporada, tal vez el verano, en las huertas húmedas y umbrías, en donde crecen las criaturas que son hervidas vivas para saciar el apetito, en aras del arte culinario; o la reacción de cada uno de los miembros de la familia que intervienen en la compra, preparación y consumo de las infortunadas criaturas.

El delgado volumen, apenas 130 páginas, es un amplio muestrario de situaciones góticas. Desde el artista del sufrimiento, con resonancias kafkianas, como en el relato inicial hasta “El entierro”, con el que cierra. Pasando por otros relatos cargados de atmósferas pesadas como “Un boleto para cualquier parte”, “La Celda” y “Final de una lucha”, donde se cuenta paso a paso el momento en que el amado se deshace del amante. Dos cuentos complejos -y extensos para los parámetros de la narrativa de Amparo Dávila- son la “Tía Julia” y “El espejo”. En ambos la ambigüedad de las situaciones redundante en polisemia. Nos da la impresión, en ciertos momentos, que se nos escamotea información, pero este ocultamiento de algunos datos abre un abanico de interpretaciones que enriquecen la lectura y el relato. El terror psicológico y la idea del mal absoluto que gravita en el ambiente en “El espejo” es porque se ha llegado a un punto en que se pincha en duro, en la piedra del relato. La acción se desliza hacia las complejidades del alma humana. En este tipo de relato es fácil caer en el reduccionismo de decir que son simplemente psicológicos o simbólicos. Pero los relatos pasan por ámbitos éticos y morales donde el hombre contemporáneo ha



Detalles de la instalación *La Ligne dormante* (2001), 1.05 m. x 1.05 m. cerámica, piedras de Brasil, madera, agua.

transgredido en algún momento, a veces sin darse cuenta.

Muerte en el bosque contiene trece cuentos góticos, juntos con los doce del otro —*Árboles petrificados*— hacen un total de 25, que usando la taxonomía de Fred Botting ya anteriormente citado, caería en el casillero que él denomina el gótico posmoderno pues este tipo de literatura pertenece ya a una época en que todas las certezas sólidas se desvanecieron en el aire, y el terror, lo desconocido, la violencia interna y externa andan rampantes por las calles de las ciudades y pueblos, por el ancho mundo. La ansiedad del hombre contemporáneo ante la nueva formación social, el cambio de certidumbres y ciencias — o más bien su pérdida—, cuando la legitimidad universal y la globalización de la modernidad están puestas a prueba, los horrores y ambigüedades del gótico tradicional, o sea su relato, cobran una mayor, aunque nueva, vigencia. El vampiro ahora tiene múltiples significados, cada artista le dará uno diferente, la metáfora será cambiante, el monstruo

moderno significará los miedos al mundo que cada vez nos es más extraño, y el aparecido, el doble, el insepulto también, y así sucesivamente con todos los tipos y arquetipos del relato gótico. Por tales razones, el relato gótico no ha dejado de crecer y desarrollarse, y cada día se robustece más, le salen vástagos, retoños. Es célebre una conversación entre dos excelentes escritores de relatos góticos, el norteamericano Truman Capote y la danesa Isak Dinesen. El primero le pide a la segunda su opinión sobre la novela de un colega de ambos. Más allá de las rivalidades entre artistas, la respuesta es una breve pero efectiva lección de escritura. “No hay suficiente aire, agua y cielo en ese libro.” Fue la respuesta. Ambos sabían exactamente lo que eso significaba en la narrativa gótica. Pero Amparo Dávila no es una voz aislada en nuestra tradición literaria. Se encuentra rodeada de una pléyade de escritores de primera línea. Según Alberto Paredes, en su libro de ensayos de 1990, *Figuras de la letra*, la obra de nuestra autora es “junto con las de Sergio Pitol, Juan Vicente

Melo, Inés Arredondo, Salvador Elizondo y Francisco Tario, una de las flores del mal de la mejor literatura mexicana imaginativa.” Y uno podría agrandar la lista apuntando al principio de ésta a los colonialistas, que mucho tienen de góticos en cuanto que recrean las leyendas y tradiciones de horror, subversión y anomalía del tiempo oscuro de México, como Valle Arizpe, González Obregón y Jiménez Rueda. Y los jóvenes como Héctor de Mauleón, y aquí, muy cerca de nosotros Gonzalo Lizardo, por mencionar solamente a dos.

Lo gótico es pues una categoría literaria que es inventada o descubierta en el siglo XVIII (incluso se da la fecha exacta, que es la Navidad de 1762, cuando apareció *El castillo de Otranto*, de Hugh Walpole) y que nunca ha dejado de estar vigente, que en la actualidad sigue teniendo sus cultivadores y tal pareciera que con mayor asiduidad. Por otro lado, el cine se ha encargado de difundirla masivamente y de despertar nuevos apetitos, de abrirle nuevos derroteros. Actualmente hay música, vestuario y maquillaje góticos, fiestas góticas, toda la corriente del pop Dark, tiene su origen en lo gótico. Aquella cosa informe que nació y empezó a desarrollarse en la Navidad de 1762.

Un tercer encuentro con Amparo Dávila fue más personal, y debido a la admiración ya madura y reposada, si tal cosa se puede decir, que había suscitada su obra en un colega y en mí. En 1995, este colega, Jaime Lorenzo, y el que esto escribe, le hicimos una entrevista para *Tema y Variaciones de Literatura* de la UAM-Azcapotzalco. Un día lluvioso, mientras caía una tormenta, nosotros buscamos su casa escondida en un recoveco de las colinas de Contreras.

Por dondequiera escurría agua de lluvia, las calles angostas y empinadas estaban convertidas en caudalosos ríos. La tronata de los rayos que caían por el Ajusco era ensordecedora. Nos tuvimos que bajar de mi viejo VW blanco dos veces para hablar por teléfono y que nos orientaran, ya que nos habíamos perdido. Al rato, uno de los empleados de Amparo Dávila nos indicó que nos estacionáramos bajo uno de los frondosos árboles del jardín. Empapados, nos recibió en el vestíbulo y por fin la conocimos personalmente. La atmósfera gótica de lluvia y truenos no podía ser más apropiada para la ocasión. Una buena parte de la tarde platicamos de literatura y de su infancia en su pueblo natal, en la casa

de su familia, y sus largos paseos recolectando piedras y flores en las montañas que rodean Pinos.

Todos los bosques en la literatura son de pinos, pensaba yo, son los aristócratas del mundo vegetal. Pinos, el nombre del pueblo es simplemente poético, y en el caso de Amparo Dávila, por más curioso que se nos haga, también significó destino. Pues el título de sus dos libros contiene las palabras “bosque” y “árboles”. Y me imaginé que ese pueblo minero zacatecano sería muy parecido a Cumbres Borrascosas. Esa tarde, mientras seguía cayendo la lluvia y los rayos, nos hicimos amigos.

El Rosario, Azcapotzalco, noviembre de 2002.

Bibliografía:

Árboles petrificados, A. Dávila, ed. Joaquín Mortiz, México, 1977.

Muerte en el bosque, A. Dávila, *Lecturas Mexicanas*, núm. 74. FCE, SEP, 1985.

“Entrevista con Amparo Dávila”, J. Lorenzo y S. Salazar, en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 6, DCH, UAM-A, 1995.

Gothic, The New Critical Idiom, F Botting, Routledge, London, 1996.

Great British Tales of Terror, edited by P. Hainings, Penguin, UK., 1914.

Figuras de letra, A. Paredes, Textos de difusión cultural, UNAM, 1990.

